

Lolita secreta

**melusina** [sic] propone al lector una serie de reflexiones concisas, contundentes y microcósmicas sobre los aspectos básicos de la condición contemporánea.

Otros títulos de la colección:

*La gran utopía*  
Iñigo Bolinaga

*Necropolítica*  
Achille Mbembe

*Cómo expropiar a los bancos*  
Núria Güell (coord.)

*Guerra y revolución*  
Karl Marx

*Carcelona*  
Marc Caellas

*El judío errante ya ha llegado*  
Albert Londres

*Sociedad y barbarie*  
Ignacio Castro Rey



Anónimo

# Lolita secreta

Las confesiones de Víctor X

Edición y traducción  
a cargo de  
Elisabeth Falomir Archambault



**melusina [sic]**





© Editorial Melusina, s.L., 2012

[www.melusina.com](http://www.melusina.com)

© De la traducción del francés: Elisabeth Falomir Archambault

Reservados todos los derechos de esta edición

Depósito legal: TF-214-2012

ISBN-13: 978-84-15373-00-1

Impresión: Romanyà Valls, s.A.

Impreso en España



## Contenido

<i>Introducción</i>	7
I. Inocencia	13
II. El despertar	39
III. Iniciación	69
IV. Libertinaje	97
V. Las últimas aventuras	117
VI. Viaje a Italia	139
VII. La caída	151



### III Iniciación

~ Entre los conocidos que, desde Kiev, venían a visitarnos en nuestra villa, había una familia un poco equívoca, pero de la que mis padres no desconfiaban lo bastante. El jefe de esa familia era un antiguo compañero de colegio de mi padre que, habiéndolo perdido de vista desde la juventud, volvió a encontrarlo por casualidad ese mismo año en Kiev. Ese señor, después de todo tipo de aventuras y avatares, se hizo director de una compañía de teatro dramático que estaba lejos de hacer negocios brillantes y que acababa de llegar a Kiev, después de haber recorrido toda Rusia, desde el océano Pacífico hasta el mar Negro. Mi padre consideraba a su amigo de infancia como un bohemio incorregible y desordenado pero de buen corazón y, en cualquier caso, inofensivo. Habiendo vuelto a encontrar, por casualidad, a mi padre, aquel aventurero ya no lo soltaba, contando con su generosidad para pedirle favores pecuniarios. En eso no se equivocaba. Su mujer era una rumana, antigua cantante de opereta o incluso de café-concierto. Tenía consigo





a dos señoritas: su hija que tenía entonces dieciocho años y su sobrina de dieciséis. Con la ausencia de vergüenza de los bohemios, esas cuatro personas se introdujeron en nuestra familia y venían constantemente a cenar a casa sin haber sido invitados como, por lo demás, es costumbre en Rusia. (Es, de hecho, uno de los rasgos principales que distinguen la vida doméstica rusa de la de los europeos occidentales). Podría uno preguntarse cómo mis padres, personas más bien austeras, admitieron en su intimidad a estos individuos cuyo pasado era en gran parte obscuro e incluso sospechoso y que, en todo caso, pertenecían a un mundo totalmente distinto. A eso es fácil contestar. En primer lugar, hay en Rusia, incluso en la sociedad más aristocrática que aquella a la que pertenecían mis padres, cierta simplicidad de costumbres, cierta familiaridad, una dejadez que no se conoce en Europa occidental y que a veces priva a la gente de los medios para precaverse contra la intromisión de los inoportunos. La rigidez de las relaciones sociales inglesas no existe entre nosotros. Incluso en la alta aristocracia rusa, el espíritu de casta es mucho menos sensible que en la aristocracia inglesa o alemana. En sus *Memorias* sobre su preceptorado junto al emperador actual de Rusia (que era entonces el príncipe heredero), el profesor francés monsieur Lanson cuenta que en la corte de Alejandro III había una tolerancia que rozaba el desenfreno y que la etiqueta



se observaba bastante poco. Las reglas convencionales difícilmente casan con las costumbres rusas. En segundo lugar, en Rusia las damas, incluso las más virtuosas y pertenecientes a la mejor sociedad, tienen ideas muy tolerantes en materia de moral sexual y no comprenden la severidad hacia las debilidades de las personas de su sexo. Una madre soltera, en Rusia, no tiene que bajar los ojos ante nadie, es recibida en todas partes y dice, si hace falta, sin la menor vergüenza, que no está casada y ha tenido un hijo. Conozco el caso de una dama soltera que tuvo cuatro hijos de cuatro hombres diferentes. Eso no causó ningún daño a su profesión de profesora en un gimnasio gubernamental de muchachas; todas sus alumnas conocían su situación, que habría parecido escabrosa en otro país. Del mismo modo, una mujer que, habiendo abandonado a su marido, vive abiertamente con otro hombre es recibida en Rusia en todas las casas. Las damas rusas se burlan no sólo del puritanismo rígido de las terribles inglesas, sino también del decoro hipócrita y mundano de las mujeres del continente europeo. He aquí por qué el hecho de que la mujer del antiguo camarada de mi padre hubiera sido cantante de café-concierto y hubiera pasado, probablemente, por gran número de aventuras galantes no era en absoluto un obstáculo para que fuese recibida por una dama tan seria como mi madre.

El director de teatro y su mujer venían pues a vernos a menudo en nuestra casa de campo. Algunos días después de mi conversación con Glasha, las dos muchachas (llamaré Minna a la hija de la señora x, la de dieciocho años, y Sofía a la de dieciséis años, la sobrina) me propusieron ir con ellas y con Olga (que con mi tía se había reinstalado en nuestra casa) a pasear por los bosques de los alrededores. Como ahora me interesaban las mujeres, acepté sin dudar. Una vez en medio de la soledad silvestre, las dos chicas mayores dieron a la conversación un giro erótico. Me preguntaban si estaba yo enamorado, si coqueteaba con muchachas, si me interesaban las mujeres, etc. Fiel a mi nueva estrategia, fingí una ignorancia y una ingenuidad completas. Olga, que estaba allí, explicó riendo a las muchachas que yo era inocente como un niño recién nacido que, en esas cosas, no entendía nada de nada. Decidieron darme en seguida la *geschlechtliche Aufklärung*. En un lugar muy solitario del bosque, en medio de los arbustos que nos ocultaban, Olga se tumbó en el suelo, Minna y Sofía me hicieron ver y tocar con los dedos su vulva. Me mostraron con explicaciones las diferentes partes del órgano, el clítoris, los labios menores, el orificio urinario, la entrada de la vagina, después me describieron el coito y me invitaron a realizarlo con Olga. Mientras una de las muchachas separaba con los dedos los labios mayores de Olga, la otra, también con los dedos,

dirigía mi pene hacia el vestíbulo. Pero el acto no tuvo éxito; el pene chocaba con la carne sin tomar la dirección deseada. Después de varias tentativas infructuosas, Minna y Sofía me hicieron tumbarme de espaldas y dijeron a Olga que se agachara encima de mí, a caballo sobre mis caderas. Guiando manualmente mi miembro, después de haberlo mojado con saliva, lograron hacerlo entrar en la vagina de la pequeña que ya no era virgen desde hacía mucho tiempo. El deslizamiento del pene en la vagina, la cual, al echar atrás mi prepucio, descubrió mi glande, fue para mí bastante doloroso y, como pude darme cuenta después, me hizo una escoriadura acompañada de algunas gotas de sangre; pero ese dolor no hizo cesar la erección. Mientras Olga estaba acucillada encima de mí, conservando mi pene en la vagina, Minna se puso a acariciar su clítoris, lo cual provocó en ella el orgasmo: era la primera vez que veía un orgasmo femenino y me sentí casi asustado al ver los labios de la pequeña palidecer de pronto, sus ojos revolverse, mientras jadeaba, sus miembros se contraían convulsivamente y su rostro cambiaba de color. Al mismo tiempo adelantaba la cabeza hacia mi hombro como si quisiera morderme. Por otra parte, ese éxtasis iba acompañado de una contracción espasmódica de la vulva y eso me hizo mucho daño en la base del pene. Entonces las chicas mayores nos dieron la vuelta a los dos sin separarnos, con precauciones,



de manera que, durante la operación, el pene no saliera de la vagina; acostaron así a Olga de espaldas dejándome a mí encima de su vientre, en la posición normal del coito. Yo me quedé inmóvil, pero una de las muchachas se puso a levantarme rítmicamente por las caderas, enseñándome así a hacer los movimientos del coito. Esos movimientos eran para mí dolorosos, sobre todo en el momento en que Olga tuvo un nuevo orgasmo con una nueva contracción de los músculos de la vagina. Por mi lado no hubo eyaculación, pero la erección cesó poco a poco. Al levantarme, me sentí asustado al ver sangre en mi miembro y sobre todo al constatar que el glande del pene estaba descubierto y ligeramente tumefacto. No lograba, pese a todos mis esfuerzos, volverlo a cubrir con el prepucio y no podía volver a meter el pene en el pantalón a causa de la sensación insoportable que provocaba el contacto de mi glande con las ropas. Pero las muchachas me tranquilizaron diciendo que se pasaría mientras me limpiaban el miembro ensangrentado con sus pañuelos. Y en efecto, después de haber pasado alrededor de media hora charlando con ellas, con el pene al aire, tuve la satisfacción de comprobar que el prepucio volvía a ponerse por sí mismo en su sitio recubriendo el glande. Nos encaminamos entonces hacia la villa. Minna me dijo: «¿Verdad que es rico? Es mejor que la gramática latina». No contesté nada; tenía remordimientos y un sentimiento



de vergüenza. Por otra parte el acto no me había hecho gozar o, si había habido goce, fue el de una fuerte erección; en cambio, había sentido dolores bastante agudos que ese goce no podía compensar. Olga nos contó que *lo hacía* con Kostia y copulaba con otros chicos desde hacía años. Naturalmente me hicieron prometer que no diría nada a nadie de lo que acababa de ocurrir. Recomendación inútil: la vergüenza bastaba para hacerme callar.

Mi primer coito fue pues para mí una decepción, puesto que me provocó sensaciones más dolorosas que voluptuosas. Y, sin embargo, me atormentaba el deseo ardiente de volver a repetir la experiencia. Durante los días siguientes, me las arreglé para encontrarme de nuevo solo con Olga y también con Glasha y tener con ellas coitos más o menos completos. Una vez me acerqué a ellas cuando dormían con Kostia en el colchón del salón, y Kostia y yo las poseímos a cada una alternativamente. Ahora sentía más placer o, mejor dicho, menos sufrimiento al copular, pero los espasmos venéreos de la vulva aún me hacían daño y temía el momento en que, por la expresión del rostro de las chiquillas, adivinaba que el paroxismo del placer supremo iba a llegar para ellas. Glasha, como Olga, no era virgen desde hacía años.

Una semana después del paseo por el bosque, Minna y Sofía me llevaron a Kiev. El pretexto era una fiesta de beneficencia que debía tener lugar en

un jardín público de la ciudad. Formaban parte del programa de la fiesta una tómbola para niños y diferentes concursos y juegos, también para niños, pero una parte de las diversiones estaba destinada a los adultos; el padre y la madre de las chicas debían figurar en ellas: él tenía que declamar un poema, ella cantar unas romanzas. Mis padres fueron invitados pero no quisieron ir y, sin la menor aprensión, me dejaron marchar solo con Minna y Sofía, cuyas pasiones no sospechaban.

Fuimos a la fiesta que me pareció más bien aburrida; después, dejando a sus padres que se quedaron en el jardín, las muchachas regresaron conmigo a su casa mucho antes de que finalizara. El sol estaba todavía alto en el horizonte y las muchachas me dijeron que sus padres, invitados en otro lugar, no volverían antes de la noche. La familia se alojaba en un hotel donde ocupaba tres o cuatro habitaciones. Las muchachas me llevaron a su cuarto. Me mostraron primero unos grabados donde había desnudeces ordinarias, reproducciones de los cuadros de Tiziano, de Rubens, etc., luego algunas fotografías obscenas, cosa que veía por primera vez en mi vida. Una de esas fotografías, compradas por el padre de Minna en Egipto, representaba una escena de pederastia. Me pareció repulsivo; no quería admitir la posibilidad de cosas semejantes. Minna y Sofía me aseguraron que no era una ficción, que era un *deporte* muy practicado entre los hombres

y que las mujeres también se amaban y copulaban entre ellas. Nuevo asombro, nuevas manifestaciones de incredulidad por mi parte. Entonces las muchachas confirmaron sus palabras con actos. Se quitaron los calzones, se echaron sobre el sofá, enlazando sus piernas y aplicando sus vulvas una contra otra y copularon en mi presencia. Durante el acto, las dos primas manifestaron sus sensaciones voluptuosas por los cambios de color de su rostro, por su respiración jadeante, por pequeños gritos y gemidos, por besos ardientes mezclados con ligeros mordiscos, y, finalmente, por las contorsiones involuntarias de sus cuerpos. Pero yo, mirándolas hacer, estaba casi tan emocionado como ellas y la erección que experimentaba era dolorosa por su intensidad. Habiendo terminado el acto, Minna se levantó. Sofía seguía tumbada de espaldas, con las piernas abiertas. Noté que la vulva de la muchacha estaba lubricada por un líquido del que un hilo blanquecino y espeso resbalaba lentamente a lo largo del surco genital y del perineo y, cayendo sobre el viejo terciopelo del sofá, manchaba la tela. Al recordar mis lecturas en el manual de las enfermedades venéreas, creí que era una supuración debida a una enfermedad secreta y se lo dije a las muchachas que se echaron a reír y me dijeron que esa especie de «jugo» chorrea siempre de los órganos sexuales de las mujeres cuando experimentan placer en esa parte del cuerpo.



Al ver que las dos chicas tenían el monte de Venus peludo, finalmente entendí que así eran todas las mujeres adultas. Ya he contado que tuve una sensación de asco la primera vez que toqué el vello de las partes sexuales de la mujer (fue cuando mi aventura con la criada Masha). Esa sensación de asco desapareció tras mi aventura con las dos primas, pero dejó sin embargo un rastro en mi alma. Así explico la circunstancia de que los pelos del pubis femenino no tengan atractivo para mí; cuanto más abundantes, más desagradables me resultan. Cuando son demasiado largos, su vista hace cesar en mí la erección. La vista de un monte de Venus cubierto de pelos poco tupidos y cortos (como en la mayoría de las muchachas de catorce o quince años) y que tienen, por tanto, un aspecto juvenil me excita, por el contrario, fuertemente. La impresión es todavía más intensa cuando no lo cubre más que una especie de pelusa, como en muchas chicas de trece años. Pero lo que más me gusta es un monte de Venus totalmente lampiño. En esto comparto el gusto de los orientales y de los griegos antiguos. Ese gusto viene, sin duda, del hecho de que fueron chiquillas (Olga y Glasha) las que me hicieron sentir la primera emoción sexual (por lo demás intensa) y en las que examiné por primera vez con prurito libidinoso las partes genitales femeninas. En los orientales ese gusto tiene quizá las mismas causas. Los muchachos se quedan en el gineceo,



tan impregnado de atmósfera voluptuosa, tan lleno de conversaciones lúbricas, bastante tiempo (hasta la edad de once, doce e incluso, a veces, trece años). Como la madurez sexual es precoz en los países cálidos, es probable que inicien en juegos eróticos a las chiquillas que se crían con ellos, o al menos las vean desnudas; por asociación de impresiones, los pubis lampiños quedan para ellos como *símbolo* erótico particularmente sugerente. Además, se casa generalmente a los jóvenes musulmanes a la edad de catorce y quince años, incluso (en las regiones más cálidas, por ejemplo en África) a los trece años, y les dan a menudo mujeres no núbiles (en ciertos países chiquillas de diez, nueve e incluso ocho años; normalmente, la muchacha no tiene menos de doce u once años pero, a esa edad, incluso en los países cálidos, tiene el pubis lampiño). En la Grecia antigua, donde los niños de ambos sexos jugaban juntos desnudos hasta los once o doce años, la curiosidad sexual debía despertarse temprano, como sucede, por la misma razón, según las observaciones de Mantegazza, en las riberas de La Plata o de Uruguay o también en Madagascar, donde, según todos los observadores, las relaciones sexuales empiezan entre niños a la edad de seis y siete años. A consecuencia de esos recuerdos eróticos de infancia que son generalmente decisivos para toda la vida, los griegos antiguos conservaban el culto de la mujer lampiña. En los países del norte (donde, debido

al clima y a las costumbres, las chiquillas llevan más a menudo calzones e incluso pantalones cerrados, de franela, etc.), los chicos tienen menos ocasión de ver los órganos sexuales femeninos y tal vez por esa razón el gusto por el pubis lampiño está menos extendido. Pero vuelvo a mi relato.

Inmediatamente después del coito homosexual, Sofía me invitó a copular con ella, cosa que hice con más voluptuosidad que las veces anteriores; creo incluso que tuve esa vez algo así como una eyaculación (aunque, sin duda, sin esperma). Sin embargo, la contracción de la vulva de la muchacha durante el orgasmo fue para mí un poco dolorosa. Poco después intenté el coito con Minna, ¡pero no lo logré, habiendo quedado, sin duda, agotado por el esfuerzo precedente! Entonces Minna me rogó que hiciera con ella el *cunnilingus*. Cosa extraña, no sólo no tuve ninguna repugnancia por ese ejercicio, sino que encontré en seguida en él un placer vivo. Durante el resto de la velada, las dos muchachas intentaron completar mi educación explicándome los diferentes refinamientos sexuales, hablándome con detalle de las diferentes *figurae Veneris*, etc. Esas dos jovencitas eran verdaderas enciclopedias de conocimientos eróticos. Hicieron mi cama en el sofá del salón y me dormí antes del regreso de sus padres al hotel. Al día siguiente me llevaron de vuelta a casa de mis padres que no sospechaban la suerte de iniciación que acaba de recibir.

